

JEAN LUIS ARANA ALENCASTRE  
Univ. Cat. del Perú

### **La mística de Antonio Ruiz de Montoya en el *Silex del Divino Amor*: entre la acción y la contemplación**

El tema de la mística ha sido interesante, y a la vez, misterioso en el camino de la filosofía a través de la historia. Podríamos rastrear sus orígenes, seguramente, desde Parménides, pasando por Platón, Plotino, Agustín, Eckhart, Nicolás de Cusa, hasta llegar a Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, Rosa de Lima entre otros en occidente. Los temas que han rodeado su estudio han estado centralmente enfocados en los conceptos de contemplación, unión y silencio que de alguna forma se han opuesto a la confianza en el discurso que desarrollaron, por otro lado, filósofos de la talla de Aristóteles, Boecio, Avicena, Averroes, Al Farabi, Anselmo de Canterbury, Abelardo, Tomás de Aquino, Duns Scotto, Guillermo de Ockham, entre otros.

El limeño Antonio Ruiz de Montoya no estaría fuera de consideración. La mística en el *Silex del Divino Amor* es una mística de la acción que es propia de los jesuitas. En primer lugar, habría que entender que dicha mística se divide entre una experiencia personal intransferible y una expresión literaria. Dichos momentos se encuentran en el *Silex* expresados poéticamente por Ruiz de Montoya.

Esta mística de la acción tiene un matiz particular, pues busca a Dios, primera causa, a través de las criaturas integrando acción y contemplación en un acto singular. La sensibilidad que expresa Ruiz de Montoya es peculiar que puede distinguirse por darle suma importancia a la sensibilidad. En un sentido, existe un aristotelismo en el modo de acceder al conocimiento, pero una aproximación también a la epistemológica ignaciana que dice es mejor, es decir de más gusto y fruto espiritual, ser iluminado por la virtud divina que saber discurrir con racionalidad el sentido de la historia, pues “no el mucho saber harta y satisface el ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente” (Loyola, 2010:131).

Luego de la experiencia mística, en un momento posterior nace un compromiso moral de narrar la experiencia mística a otros. Pues la meta es la unión con Dios, pero también ayudar en otros en ese camino. Puede decirse que la misma búsqueda personal de unión implica la generosidad, implica no guardarse para sí la experiencia. Más bien, como diría Platón en el Timeo, el Demiurgo forma al mundo porque no es mezquino. La diferencia es que esta mística es histórica, en contraste a la mística especulativa que es abstracta y se funda en la imitación de Cristo.

Ahora bien, en el *Silex*, se omite la sensibilidad en la muerte de la memoria. Ello supone una problemática, pues existiría una tensión entre la mística de la acción típicamente jesuita que se funda en la sensibilidad y la contemplación que Ruiz de Montoya inserta en un momento posterior. ¿Cuál sería la causa de esta tensión? La mística de la acción comienza por la sensibilidad, pero luego la abandona ¿Por qué? Esta pregunta es la que esta investigación quiere abordar. ¿Qué significa pues que ocurra aquello? Y, sin embargo, esta tensión es central en la mística de Ruiz de Montoya.

Si bien es cierto, esta mística parte de lo sensible, no puede llegar a contemplar a Dios en lo sensible. Esta primera etapa es la meditación. La cual es importante para la posterior contemplación. Asimismo, de qué tipo de contemplación se estaría hablando. El nuevo mundo, con todos sus encuentros y desencuentros, estaría planteando una nueva forma de contemplar a Dios desde la particular sensibilidad de los jesuitas. Es interesante el tema a raíz de que esta mística la puede alcanzar cualquier persona, si se encamina en el ejercicio. Asimismo, es una mística que se muestra en relación con la madurez de la fe. El tema resulta interesante, además, porque la religiosidad popular peruana refleja atisbos de este tipo de mística en los ritos, en la procesión del Señor de los Milagros que dan a entender un particular sincretismo.